

ALEJANDRO AGUILAR MACHADO:

El maestro y el orador

Licda. Annie Badilla Calderón

Lic. Gabriel Vargas Acuña *

En la casa de don Alejandro sigue sonando el teléfono. Con frecuencia son estudiantes que le hacen preguntas sobre historia nacional o sobre filosofía. El maestro sigue contestando como lo hizo muchos años en las aulas.

Hace cincuenta años, don Alejandro compró una casa en lo que entonces fuera lugar retirado y tranquilo, en San Josecito de Alajuelita. Hoy, aquel lugar es populoso y transitado; sin embargo, allí, en una vieja casa solariega, rodeado de sus libros y sus reconocimientos, retirado de las aulas y de la tribuna sigue habitando quien, a pesar de ser reconocido como el máximo orador costarricense contemporáneo, dice ser, sobre todo, maestro.

Alejandro Aguilar Machado nació en San José en 1897. Estudiante distinguido en el Liceo de Costa Rica, de entonces datan sus primeras y espontáneas incursiones en la oratoria, por cuanto, como él refiere, sus compañeros le encargaban hablar en diferentes ocasiones a su nombre. Durante sus estudios de Derecho, sus facultades oratorias empiezan a madurar, especialmente por su incipiente militancia política al lado del gran orador y luego Presidente de la República, Rafael Yglesias. Graduado de abogado e instalado en su bufete, su vocación docente lo impele a cerrarlo y a empezar a desempeñarse en la enseñanza en el Liceo de Costa Rica, en el Colegio de San Luis Gonzaga, de los cuales fue también director por muchos años; también en la Facultad respectiva ocupó la cátedra de Filosofía del Derecho.

Diplomático, Académico de la Lengua, Secretario de Educación Pública, de Relaciones Exteriores y de la Presidencia, don Alejandro ha dado valiosos años de su vida al servicio público. Estudioso de la historia y de la filosofía, este distinguido costarricense ha impartido múltiples conferencias en diferentes países de Latinoamérica y de Europa. En todas ellas se ha admirado la excelente combinación de sus dotes oratorias y de la profunda concepción y alcance de sus ideas.

Don Julio Cásares y Sánchez, Secretario Perpetuo de la Real Academia Española, con motivo de haber escuchado un discurso del Lic. Aguilar Machado ante esa Academia, hace constar en el acta del 7 de diciembre de 1955 su admiración:



Don Alejandro Aguilar Machado, cuyo benemeritazgo ha sido solicitado a la Asamblea Legislativa. (Foto Ciro García).

“Es imposible resumir en pocos renglones el admirable discurso del Sr. Aguilar Machado, quien mantuvo pendiente de su palabra la atención complacida de cuantos le escuchaban. La Academia Española, que ya tenía noticia fidedigna de las magníficas dotes oratorias del Sr. Aguilar Machado, tuvo ocasión de admirar directamente su maravillosa facundia y elocuencia y, al terminar su peroración, le tributó los más calurosos aplausos”.

Igual que los escolares que llaman a don Alejandro para preguntarle sobre diferentes asuntos o los políticos e intelectuales costarricenses que lo visitan, casi como en un peregrinar, los autores de esta nota, interesados como profesores de Comunicación en el Instituto Tecnológico de Costa Rica en los aspectos de expresión oral, quisimos visitar al orador y al maestro. La cordialidad y la benevolencia de don Alejandro nos dejó realmente complacidos. Nuestra intención, en principio, era la de conversar con él sobre algunos aspectos relacionados con el uso del idioma en forma oral. Aquella tarde en su casa fue una inolvidable lección, no sólo de oratoria sino también de historia y de filosofía. Hemos considerado conveniente que se conozca una parte muy importante de esa conversación con don Alejandro Aguilar Machado, la cual transcribimos a continuación.

“Y deseo, que si la reencarnación fuere posible, en mis otras existencias pueda ser, también, maestro”.

A. Aguilar Machado



Pasa a la página siguiente

CONVERSACION CON DON ALEJANDRO AGUILAR MACHADO

P. Como hemos hablado, don Alejandro, quisiéramos que nos detallara algunos de estos aspectos: sobre ese problema de la desaparición de la Oratoria como arte, que usted nos hablaba al principio. Yo le preguntaba que si está desapareciendo realmente el arte de la Oratoria para substituirse por una manera práctica de hablar en la que no interesa el arte.

R. El arte de la Oratoria es sublime, como en realidad son todas las artes. En general, el costarricense, nuestro compatriota, ha rehusado el empleo de ese arte porque el temperamento de Costa Rica es muy prudente, se guarda en medio de grandes reservas y procura siempre tener un camino libre en el caso de ser derrotado en una polémica y estas no son condiciones del verdadero orador. El verdadero orador habla desde el fondo íntimo de su alma, lleno de emoción, de vibración, impresiona al auditorio y no le importan, en absoluto, las consecuencias favorables o negativas de su discurso. La obligación suya es expresar lo que palpita dentro de la propia intimidad de su delicado espíritu.

P. Don Alejandro, el otro asunto era sobre la improvisación. Como nos decía hace un rato, lo que hace característico al orador, la capacidad de producir un discurso en un momento, darse, como dice usted, y no repetir un discurso que ha sido preparado con anticipación y en el que se han calculado todos los elementos.

R. En mi concepto el auténtico, el verdadero orador tiene grandes facultades para improvisar y el mayor valor suyo se acredita en los discursos que llevan el sello de la improvisación. Cuando el orador está preparando los discursos y los memoriza, pierde la efusión, el temperamento vibrante que es propio de aquel que está improvisando los conceptos. Bien entendido: que la improvisación no significa surgir de una mente negativa en la cual no hay nada sembrado. Eso no produce el improvisador sino el charlatán. Se improvisa cuando se tiene una conciencia absoluta, perfectamente compenetrada, de las ideas científicas que están en boga. Y cuando esa mente está llena de esas ideas, entonces el juego de la improvisación es no sobre el fondo de las que ya están preestablecidas en la mente sino por la forma misma de plantearlas ante el auditorio que lo está escuchando a uno y que el orador quiere absolutamente, en forma sincera, dominarlo, acercarlo a su propio espíritu y hacer, con él, una unidad con el suyo propio.

P. Don Alejandro, y se puede decir algo sobre cómo funciona ese mecanismo maravilloso de la capacidad de improvisación. ¿Cómo es posible que un hombre tenga una gran cantidad de contenidos en su mente, elementos que ha aprendido de la cultura, un vocabulario amplísimo, el conocimiento de todas las estructuras gramaticales, sin embargo, llega el momento y el hombre normal no logra actualizar eso, no puede poner en palabras toda esa capacidad suya? ¿Cómo funciona en su opinión ese mecanismo?

R. El que no tiene la capacidad tribunicia y que carece de la potestad de improvisar puede hablar muy bien como lo hace la mayoría de los intelectuales de nuestra patria, los abogados, que, dentro de la posición suya como representantes de las causas personales ante estrados lo dicen todo con un criterio severo, científico, prudente, y, en este caso, la expresión buena, notable, es necesaria, no solo en los profesores, sino también en quienes están defendiendo tesis de carácter sociológico, político, etc. Pero el improvisador tribuno va más allá que eso: absorbe todas esas tesis, todas esas teorías y, con el sello de su personal expresión, de su íntima vibración, hace que el público auditorio no solamente esté convencido por la virtualidad de los conceptos que expone sino también agarrado plenamente en su propia alma por la vibración que desprende desde el alma suya el auténtico orador.

P. Don Alejandro, querríamos también que nos hablara sobre los oradores costarricenses. ¿Cuáles son los que usted considera que son buenos oradores entre los del pasado que usted conoció y entre los que actualmente escuchamos por televisión, radio.

R. En realidad, el costarricense de la Meseta Central, no el guanacasteco, tiene poca capacidad para la oratoria y, cuando la tiene, le rehúye porque la teme. Le parece que es comprometerse demasiado y no dejar un camino seguro por donde pueda escaparse para no asumir las consecuencias y responsabilidades de lo que ha dicho. Este temperamento, esta condición mental no puede producir el auténtico orador. Hace el intelectual discreto que sabe exponer una tesis que es, en realidad, el papel de la mayoría de nuestras gentes intelectuales que tienen que actuar

en forma oral ante los públicos, sean de letrados, o sean de la gente corriente. Ahora, dentro de los auténticos oradores de Costa Rica, realmente, yo he visto que la mayoría de ellos tienen alguna rama extranjera, no ticos en el sentido puro, por los dos lados, el paternal y el maternal, y pienso entonces que sea esa rama extranjera la que produce la vibración para que ellos pronuncien el discurso en forma de tribunos auténticos, salido del alma, sin pensar en las consecuencias que a posteriori ese discurso pueda producir, sino en la absoluta necesidad de confundir la vibración de su propio temperamento con la indiscutible vibración de su selecta palabra. Entre de estos oradores, en el pasado, no muy lejano, en el ayer cercano, indiscutiblemente surgió Ernesto Martén, cuyos discursos, sobre todo los escritos, en mi concepto, fueron superiores a los que él hubo de improvisar. Entre los políticos, tenemos que citar a don Rafael Yglesias, que sin duda alguna, dentro del grupo de esos políticos tradicionales que han hecho parte de la democracia costarricense, era el que con más y más facilidad expresaba sus ideas, haciéndolas vibrar en el auditorio que le seguía a él en una forma absoluta, tan absoluta que por seguirlo a él, yo perdí, por ausencias, el único año que he perdido en mis estudios que fue el primero de los estudios de derecho, perdido por ausencias por seguir en las tribunas públicas a don Rafael Yglesias, que nos tenía cautivados a aquellos que nos llamábamos civilistas, que éramos los seguidores suyos. He oído hablar bastante bien, con claridad, con elocuencia, a Manuel Mora, lo que pasa es que él



Don Alejandro Aguilar Machado en su casa soiariega de Alajuelita. (Foto Ciro García).

siempre aborda las tesis que están dentro de la ideología política que él sigue, y el orador lo es y debe serlo grande, en todos los aspectos, no solo en los suyos propios dentro de su ideología, sino también cuando tiene que expresar los ajenos, sea para el bien del público, o sea para una complacencia personal suya. El verdadero orador no debe hacer distingos en cuanto a la corriente típica y expresiva de una concreta tribuna, sino que debe estar listo para poder poner la vibración suya, temperamental, en los diferentes aspectos que la posición ante el público le exige a él. De manera que no se puede caracterizar como orador religioso, como orador político, como orador sociológico, como orador comunista, sino que tiene que ser el orador puro que pone en todas las tesis que caen bajo su jurisdicción, el mismo anhelo, sincero, profundo y vibrante.



“Mi salud física ha desmejorado últimamente. Sin embargo, sigo conservando las facultades necesarias para seguir siendo maestro hasta el último de mis días”. (Foto Ciro García).

se está tratando más que de un auténtico orador, de un charlatán. En el caso mío, que usted me propone, los compañeros de liceo me designaban siempre como representante suyo cuando había que hablar en público. Usted ha de comprender que, con la elemental cultura que era exclusivamente la que se puede alcanzar hasta la segunda enseñanza, pues esos discursos que yo hice que produjeron en mis compañeros muy buen impresión, debieron ser flojos, mediocres, en comparación de los que hube de realizar en las grandes posiciones que, por deferencia exquisita los gobiernos de Costa Rica me dispensaron, cuando ya tenía yo una cultura adquirida en la Escuela de Derecho, para hacer los cursos de licenciado en leyes, como también los que hube de adquirir en el ejercicio del profesorado en que por necesidad de alimentar la mente de mis discípulos tenía que alimentar primero mi propio mentalidad.

P. Muchas gracias, don Alejandro. Una última pregunta que querríamos hacerle es la siguiente: partimos del concepto de que el orador nace en tanto que esta actitud suya de entregarse al discurso, a la tesis que va a plantear es necesario que se dé desde el nacimiento; pero ¿cuáles son los elementos que concurren con respecto a la cultura, con respecto a la práctica, con respecto a los ejercicios necesarios para que se dé un orador? Veamos el caso suyo, ¿cómo se produjo usted como orador, aparte la inclinación familiar de la que nos habla?

R. Es evidente que el orador, a pesar de su capacidad de improvisación, que es muy respetable, necesita poseer una gran cultura, para que la expresión suya esté alimentada por una verdadera ciencia o un exquisito arte; porque, si carece de esos elementos y el discurso está anémico, enflaquecido, en realidad, en el fondo,

* La Licda. Annie Badilla y el Lic. Gabriel Vargas son profesores del Departamento de Comunicación del Instituto Tecnológico de Costa Rica.

Este trabajo que ofrecemos hoy sobre don Alejandro Aguilar fue preparado por ellos desde hace varios meses y estaba a la espera de ser acogido por algún medio de comunicación.

APRENDAMOS CON LA REPUBLICA lo publica con gusto, pues creemos que don Alejandro es ejemplo de hombría de bien para las futuras generaciones.

En estos momentos en que se tramita en la Asamblea Legislativa la solicitud para declarar BENEMERITO DE LA PATRIA, esta publicación se une a las voces que claman por este justo honor.

Los autores agradecen al escritor Luis Bolaños Ugalde la vívida transcripción del diálogo con el maestro.